

EUROPA DESPUÉS DE LA PAZ DE WESTFALIA

*J.H. Elliott**

La Paz de Westfalia ha quedado grabada en la memoria colectiva de Europa como la que puso fin a un conflicto europeo más devastador que cualquiera otro antes del siglo XX. Voltaire, en *Le siècle de Louis XIV*, describe “cette célèbre paix de Vestpahlie” como un tratado “devenu pour l’avenir la basse de tous les traités”.¹ En otras palabras, esta Paz señaló el inicio de un nuevo orden internacional en el cual el sistema europeo de estados iba a ser regulado en lo sucesivo según una serie de acuerdos políticos forjados a mediados del siglo XVII y aceptados por las principales potencias europeas. Entre estos acuerdos figuraban la aceptación internacional de la soberanía de la República Holandesa y de la Confederación Suiza y, algo de la máxima importancia, el establecimiento de una constitución para el Sacro Romano Imperio. En efecto, el acuerdo de paz apartó el espectro de una monarquía universal Habsburgo que había atemorizado a Europa durante largo tiempo, y confirmó el carácter del Imperio como una confederación laxa de unidades independientes, que procurarían resolver sus diferencias mediante una serie de elaborados procedimientos constitucionales sin recurrir a la guerra.

(*) Publicado en inglés en 1648: *Paix de Westfalie, l’art entre la guerre et la paix*, actas del coloquio celebrado en el Westfälisches Landesmuseum y en el Museo del Louvre (1998), Münster-París, 1999, pp. 543-561. La redacción de *Pedralbes* agradece al autor su permiso para esta traducción, realizada por X. Gil.

1. Voltaire, *Le siècle de Louis XIV*, ed. René Gros, París, 1947, I, p. 66 (cap. 6).

Esta visión de los efectos de Westfalia, generalmente favorable, fue cuestionada por primera vez por Friedrich Rühs en 1815, pero sólo iba a ser puesta seriamente en entredicho durante el período comprendido entre finales del siglo XIX y 1945, años en los que nacionalistas alemanes arguyeron que el tratado de paz había impedido establecer una unidad alemana y había condenado a Alemania a dos siglos de impotencia, en beneficio de Francia.² Pero la creación de la República Federal Alemana tras la Segunda Guerra Mundial representó una reversión a los principios de 1648, y esto, a su vez, contribuyó a revitalizar la reputación de la Paz de Westfalia. Hoy en día suele ser vista en gran medida como lo era en época de Voltaire y de Rousseau, es decir, como un hito que marcó los inicios de una ordenación nueva y más racional del sistema europeo de estados.

En el corazón de esta reordenación se hallaba, por supuesto, el reconocimiento de ciertas realidades tanto religiosas como políticas. Con variantes grados de reticencia, la diversidad confesional de Alemania y de la Cristianidad fue aceptada en Westfalia como un hecho de la vida. Inocencio X, a quien Velázquez iba a pintar en toda su inquieta obstinación al año siguiente del congreso de paz, se vio reducido a protestas impotentes contra un acuerdo que el Emperador y las principales potencias europeas habían negociado sin recurrir a la mediación papal y que iba a disminuir la influencia vaticana en las tierras de Centroeuropa. Los acuerdos de paz contra los cuales Inocencio tronó en vano, reafirmaron la libertad religiosa concedida a los luteranos en 1555, al tiempo que extendieron el beneficio de esos mismos derechos a los calvinistas y a las minorías religiosas que los habían disfrutado por lo menos hasta el 1 de enero de 1624, fecha que fue finalmente convenida tras enconadas negociaciones.

No es de extrañar que, poco a poco, los protestantes incluyeran el aniversario de la Paz en su lista de conmemoraciones anuales.³ En septiembre de

2. Martin Heckel, *Deutschland im konfessionellen Zeitalter*, Gotinga, 1983, pp. 208-209; Geoffrey Parker, *The Thirty Years' War*, 2ª ed., Londres, 1997, pp. 192-193 (traducción castellana de la 1ª ed., Barcelona, 1988). Para Rühs y los planes trazados durante el Tercer Reich para cambiar tres siglos de historia europea en la proyectada conmemoración del tercer centenario de la Paz en 1948, véase el catálogo de la exposición, nº 1253 a 1256, y el ensayo de Heinz Duchhardt, "The Peace of Westfalia as *Lieu de Mémoire* in Germany and France", en Klaus Bussmann y Heinz Schilling, eds., *1648. War and Peace in Europe. Politics, religion and society*, Münster, 1998, pp. 41-47 (traducido en este mismo número de *Pedralbes*).

3. Étienne François, "De l'uniformité à la tolérance: confession et société urbaine en Allemagne, 1650-1800", *Annales, ESC*, 37 (1982), pp. 783-800, esp. p. 789.

1748 la ciudad de Hamburgo, juntamente con otros estados y ciudades, decidió conmemorar el primer centenario de Westfalia. Se celebraron servicios religiosos especiales en todas las iglesias; se interpretó un oratorio de Telemann en la iglesia de San Pedro; y se compuso una oración, adecuadamente comedida, la cual pedía a Dios que se apiadara no sólo de los protestantes sino también de todos los cristianos, y celebraba la Paz de Westfalia como el fin del conflicto religioso y el inicio de la paz y la prosperidad de Hamburgo.⁴

Así pues, en los mundos de la política y de la religión los acuerdos de Westfalia eran vistos, al cabo de un siglo de ser firmados, como un punto de inflexión para Alemania y Europa. A ojos del siglo XVIII, el problema del Imperio se había solucionado. El imperio de la ley, así como un sistema cuidadosamente negociado de contrapesos y equilibrios, había reemplazado la anarquía y violencia de una época bárbara, al tiempo que las garantías de libertad para minorías religiosas y un grado de tolerancia, habían puesto punto final a los agrios conflictos sectarios del pasado. La Europa de las Luces volvía su mirada hacia estos logros con satisfacción, como signos claros del progreso de la civilización europea a lo largo de un siglo. Generaciones futuras, por su parte, han venido a ratificar el veredicto.

Pero, ¿hasta qué punto, podemos preguntar, respondía este veredicto a las realidades históricas? El propio Imperio fue disuelto en 1806 y el siglo XX iba a ver guerras mucho más devastadoras que las que asolaron el continente entre las décadas de 1620 y 1640. Además, estas guerras, al igual que la de los Treinta Años, se originaron en esas mismas partes de Europa cuyos problemas los negociadores en Münster y Osnabruck quisieron resolver. Es cierto, naturalmente, que de ningún acuerdo de paz, por muy inteligentemente que haya sido concebido, puede esperarse que vaya a durar para siempre. Pero, incluso si tomamos una visión más limitada y no salimos de las celebraciones de su primer centenario, es difícil no cuestionar algunas de las asunciones más fáciles acerca de los benignos efectos del acuerdo de Westfalia.

En primer lugar, el acuerdo no afectó a la guerra entre España y Francia, que continuaría hasta 1659 (una segunda guerra de treinta años), y tampoco

4. Joachim Whaley, *Religious toleration and social change in Hamburg, 1529-1819*, Cambridge, 1985, p. 194.

puso fin a las hostilidades entre las potencias bálticas. Aunque el espectro de la monarquía universal Habsburgo pudo haber sido conjurado, pronto iba a ser sustituido por el de una Europa dominada por la Francia del ambicioso Luis XIV. Entre 1600 y 1650 sólo hubo un año del calendario sin ninguna guerra entre estados europeos: 1610. En la segunda mitad del siglo, hubo seis (1669-1671 y 1680-1682), pero la civilización europea fue y siguió siendo una civilización militar, cuyo estado natural era la guerra.⁵ El tamaño de los ejércitos era apreciablemente mayor en la segunda mitad del siglo que en la primera; proliferaron las guerras, en una escalada hasta la guerra global europea de Sucesión Española entre 1701 y 1713; y es quizá sintomático del carácter belicoso de la civilización europea que un número de príncipes de finales del siglo XVII gustara de vestir uniforme militar y se hiciera retratar de esa guisa.⁶ La guerra siguió siendo expuesta de las dos maneras (alegórica y documental) en que lo había sido durante la primera parte del siglo.

Si Westfalia no logró traer una paz duradera a Europa, también tuvo menos éxito de lo que a veces se dice en curar las pasiones religiosas de la época. La revocación del Edicto de Nantes por Luis XIV en 1685 es prueba de que la época de la persecución religiosa estaba aún lejos de su final, si bien la inclusión de Alsacia en los acuerdos de Westfalia significó que por lo menos los protestantes alsacianos se vieron a salvo del destino de sus hermanos franceses.⁷ Pero se ha argumentado persuasivamente que incluso en el Imperio el resultado de la paz fue endurecer en muchos respectos las divisiones religiosas, más que suavizarlas.⁸ El resultado de Westfalia fue sancionar la territorialización de credos, si bien los acuerdos aseguraron la supervivencia de una Sajonia protestante cuando su casa gobernante se convirtió al catolicismo a finales del siglo XVII. Experimentos ecuménicos, como los del Elector Palatino Carlos Luis, se saldarían con un fracaso estrepitoso, pero en unos pocos estados y ciudades, especialmente en la Alemania meridional, se alcanzó la coexistencia religiosa sobre la base de una auténtica paridad, en

5. George N. Clark, *The seventeenth century*, 2ª ed., Oxford, 1950, p. 98. Sobre Europa como una "civilización militar", véase su *War and society in the seventeenth century*, Cambridge, 1958, p. 10.

6. Michael Roberts, *Essays in Swedish history*, Londres, 1967, cap. 10 ("The military revolution"); Geoffrey Parker, *La revolución militar*, Barcelona, 1990. Sobre los monarcas en uniforme, véase Roberts, p. 206.

7. Warren Candler Scoville, *The persecution of Huguenots and French economic development, 1680-1720*, Berkeley-Los Angeles, 1960, p. 5, n. 11.

8. Véase François, "De l'uniformité à la tolérance".

función de la cual protestantes y católicos compartían, en pie de igualdad, los cargos. Pero una tolerancia religiosa real apenas apareció en tierras alemanas antes de finales del siglo XVIII, y la exclusión religiosa siguió caracterizando la vida confesional de la mayoría de las ciudades del Imperio. Parecidamente, los judíos siguieron siendo objeto de duras discriminaciones, como siempre lo habían sido.

Con todo, aunque el panorama religioso e internacional seguía siendo sombrío después de 1648, esto no significa que no se produjeran importantes cambios en la estela de los acuerdos de Westfalia. Uno de los más notables fue la aparición de un nuevo sentido colectivo de la propia Europa. El despliegue de periódicos y gacetas durante el transcurso de la guerra había ayudado a desarrollar una visión paneuropea de los acontecimientos coetáneos. La *Nieuwe Tijdinghen* de Abraham Verhoeven, las diversas gacetas holandesas e italianas y la *Gazette* francesa de Théophraste Renaudot dependían, todas ellas, de una red de contactos e informadores esparcida a lo ancho del continente, y sus esfuerzos combinados pusieron los cimientos de un público europeo informado y de una opinión pública también europea e informada. Ésta era la opinión pública a la que Richelieu apelaba en su poco logrado drama alegórico, titulado significativamente *Europe*, en el cual Francion llega al rescate de una Europa a punto de ser raptada por Ibère.⁹ Esta nueva Europa de estados soberanos no acabó de un plumazo con la vieja Cristiandad, la cual iba aún a conocer momentos de recuperación, especialmente en tiempos de amenaza exterior, como con ocasión del sitio turco de Viena en 1683. De hecho, la ausencia de un tal amenaza durante las décadas de 1620 y 1630, cuando los turcos estaban ocupados en su frontera con Persia, jugó un papel importante en conformar el carácter y curso de la guerra civil europea durante esas mismas décadas y, de este modo, en fortalecer la visión secular de una Europa de estados soberanos. Pero si la idea de Europa coexistía con la de la Cristiandad, como sucedía en la mente de Richelieu, era Europa la que estaba imponiéndose a finales del siglo XVII.¹⁰

9. *Europe. Comédie héroïque*, París, 1643. Véase también Léopold Lacour, *Richelieu dramaturge et ses collaborateurs*, París, 1925, parte 3, cap. 4.

10. Para la aparición de la idea de Europa, véase Denys Hay, *Europe. The emergence of an idea*, Edimburgo, 1957, que, no obstante, no dice gran cosa sobre el siglo XVII.

Hay razones poderosas para argüir que la Europa que nació de las décadas centrales del siglo XVII era una Europa transformada, pero debemos tener una visión más amplia que la de los puros tratados de paz si queremos entender lo que estaba sucediendo. A mi juicio, la transformación no deriva tanto de los acuerdos de paz como del carácter e intensidad del conflicto que los hizo necesarios.

Durante dos o más décadas, grandes partes de la Europa continental habían sido sometidas a tensiones muy intensas impuestas por un guerrear más o menos continuo. Incluso las poblaciones que no estaban directamente afectadas por los tránsitos militares ni por la destrucción física provocada por el conflicto habían sentido el impacto de la guerra en sus casas, cuando los recaudadores de impuestos golpeaban en sus puertas y los sargentos reclutadores se llevaban a padres e hijos. Al mismo tiempo, estas mismas exigencias de la guerra habían puesto a prueba hasta el límite las capacidades administrativas y políticas del estado de inicios del siglo XVII. Los gobiernos luchaban en todas partes por movilizar los recursos requeridos para la financiación de ejércitos y flotas. De cara a una gestión más eficaz de la guerra, esto exigió frecuentemente la concentración de poderes en manos de unos pocos personajes elegidos, en particular ministros-privados como Richelieu y Olivares, quienes, a su vez, confiaban en la lealtad de un pequeño grupo de funcionarios para asegurar que las exigencias de la corona fuesen obedecidas. Los esfuerzos de estos gobernantes comportaron la infracción, en gran escala, de derechos y privilegios corporativos, al exigir ayuda económica y militar a instituciones, grupos sociales, regiones y provincias que hasta entonces habían disfrutado de un número relativo de exenciones ante las exigencias del estado.

Las tensiones sociales y políticas creadas por estas incrementadas exigencias del estado se mezclaron con la irrupción de un grupo de nuevos ricos que habían ganado sus dineros en la guerra: financieros, empresarios militares, comandantes del ejército y ministros y oficiales con acceso privilegiado al patronazgo real. Muchos de estos personajes, a su vez, utilizaron parte de su nueva riqueza para promover un estilo de vida que tuvo consecuencias significativas para las artes. Financieros como Barthélemy Herwarth, por ejem-

11. G. Depping, "Barthélemy Herwarth. Un banquier protestant en France au dix-septième siècle", *Revue Historique*, 10 (1879), pp. 285-338; y 11 (1880), pp. 63-80; Pierre Francastel, "Versailles et l'architecture urbaine au XVIIe siècle", *Annales* (1955), pp. 465-479.

plo, contribuyeron de manera importante al desarrollo urbanístico del París de mediados de siglo.¹¹ Comandantes militares como el marqués de Leganés en España y el Mariscal de Créquy en Francia reunieron impresionantes colecciones de pinturas.¹²

Tales manifestaciones de riqueza no hicieron sino agravar las tensiones sociales ya existentes. Las poblaciones urbanas, exprimidas por los recaudadores de impuestos, encontraron blancos adecuados para su odio en aquéllos que sacaban provecho de la guerra y en los oficiales reales enriquecidos. Miembros de la vieja nobleza y de la clase dirigente tradicional se resentían de verse orillados por ministros de clase social baja aupados hacía poco. Todos estos resentimientos políticos y sociales culminaron en los levantamientos revolucionarios que sacudieron la Europa continental a lo largo de la década de 1640.

Las causas de estos levantamientos han sido objeto de un prolongado debate histórico, pero no creo que puedan ser comprendidas sin tomar en consideración las tensiones impuestas sobre la sociedad y sobre la estructura del estado por un período de guerra intensa y prolongada.¹³ En mi opinión, las revueltas y disturbios continentales de los años 1640 fueron en gran parte una respuesta a las presiones generadas por el recrecido intervencionismo del estado moderno, en sus esfuerzos por hacer frente a los desafíos presentados por las exigencias de la guerra. En este sentido, pueden ser vistos como movimientos contrarrevolucionarios frente a las actividades innovadoras del estado, si bien la contrarrevolución quería restaurar una armonía política y social imaginada, más que la que realmente había existido, ya que difícilmente se puede decir que las sociedades de la Europa moderna vivieran una situación de equilibrio antes de la Guerra de los Treinta Años.¹⁴ Pero estas alteraciones, si bien obligaron al estado intervencionista a ponerse temporalmente a la defensiva, también liberaron fuerzas políticas y sociales que asustaron a las clases propietarias, y, al cabo de cierto tiempo, fuese en Cataluña,

12. Mary Crawford Volk, "New light on a seventeenth-century collector: the marquis of Leganés", *The Art Bulletin*, 62 (1980), pp. 256-268; Jean-Claude Boyer e Isabelle Volf, "Rome à Paris: les tableaux du Maréchal de Créquy (1638)", *Revue de l'Art*, 79 (1988), pp. 22-41.

13. Sobre el debate histórico, véase especialmente Trevor Aston, ed., *Crisis en Europa, 1560-1660*, Madrid, 1983 (ed. or., 1965); y Geoffrey Parker y Lesley M. Smith, *The General Crisis of the seventeenth century*, Londres, 1978.

14. Véase Helmut G. Koenigsberger, "The crisis of the 17th century: a farewell?", en su *Politicians and virtuosi. Essays in Early Modern History*, Londres, 1986, p. 165.

Nápoles o en la Francia de la Fronda, las empujaron de nuevo a su lealtad tradicional para con la corona, la cual parecía ofrecer la mejor garantía de estabilidad y orden.

Como por reacción, pues, a las condiciones de anarquía o semianarquía que por un momento amenazaron con anegar grandes áreas de la Europa de mediados del siglo XVII, el clima psicológico del período posterior a Westfalia se caracterizó por un ansia de nueva estabilidad.¹⁵ Aunque un creciente hastío ante tanta guerra pudo jugar su papel en animar a los artistas —un Rubens o un Callot— para subrayar los horrores de la guerra y, en contraste, las bendiciones de la paz,¹⁶ no parece, según hemos visto, que tuviera mucha repercusión en la conducta real de los estados de finales de siglo, los cuales mostraron estar tan dispuestos como sus predecesores a inicios del mismo a tomar las armas en la persecución de ambiciones territoriales y dinásticas. Pero sí pudo haber ayudado a la aparición de uno de los hechos políticos fundamentales de la Europa de finales del siglo XVII: la tendencia creciente del estado a hacerse con el monopolio de la fuerza.

Le roi seul a droit de glaive. Este iba a convertirse en un tema central de la segunda mitad del siglo, conforme los monarcas intentaban domeñar aquellos elementos en sus estados que poseían el potencial de desencadenar las fuerzas de la anarquía, y al mismo tiempo obtener un control personal más estrecho sobre sus ejércitos, esas grandes maquinarias militares que, como muestra la carrera de Wallenstein, se habían hecho demasiado formidables para ser dejadas en manos de condottieros. En sus intentos por afirmar su monopolio de la fuerza, los príncipes de finales de siglo se beneficiaron del deseo de las clases acomodadas de que se restaurara el orden y el buen gobierno. Pero también tuvieron que hacer concesiones a esas mismas clases para alcanzar un acomodo que resultase mutuamente satisfactorio.

Una de las más significativas de esas concesiones fue el abandono por muchos gobernantes de la práctica del ministro-privado, tan característica de inicios del siglo XVII. Un rasgo llamativo de la Europa de la Guerra de los Treinta Años había sido el dominio de ministros que parecían todopoderosos, cuyo poder se basaba en ganar y retener el favor del príncipe, un dominio

15. Para el tema de la estabilidad en Europa a finales del siglo XVII, véase Theodore K. Rabb, *The struggle for stability in Early Modern Europe*, Oxford, 1975.

16. Argumento presentado por Rabb, *Struggle for stability*, pp. 123-125.

vívidamente sugerido por la imponente presencia del Conde Duque de Olivares justo detrás de Felipe IV en el gran cuadro de Juan Bautista Maino, *La recuperación de Bahía*, para el Salón de Reinos en el nuevo palacio del Buen Retiro en Madrid.¹⁷ Los movimientos revolucionarios de la década de 1640 habían sido, por lo menos en parte, una reacción contra este dominio. Cuando Olivares cayó del poder en 1643, Felipe IV anunció que en el futuro iba a gobernar por sí mismo.¹⁸ Aunque nunca consiguió hacerlo, Don Luis de Haro, que negoció la Paz de los Pirineos con Mazarino, no llegó a alcanzar tanto poder como su tío, el Conde Duque. En 1661, a la muerte de Mazarino, el joven Luis XIV sorprendió al mundo al rechazar poner en su lugar, como se esperaba, a Nicolas Fouquet y anunciar que también él procuraría en el futuro gobernar por sí mismo.¹⁹ Cuatro años después, a la muerte del Príncipe Portia, el emperador Leopoldo I hizo un anuncio parecido. La época del ministro-privado estaba oficialmente clausurada.²⁰

Esto tuvo consecuencias importantes, no sólo para el mundo de la política, sino también para el del arte. Richelieu, Mazarino, el mismo Fouquet, habían utilizado sus influencias y riquezas para ejercer un mecenazgo cultural de gran prodigalidad. Su desaparición reforzó el papel del monarca como patrón supremo de las artes, y consolidó la posición de la corte monárquica como centro ejemplar y árbitro del gusto. La parte final del siglo XVII iba a ser preminentemente la época de la sociedad cortesana, una sociedad cortesana que Norbert Elias nos ha enseñado a ver como una poderosa fuerza del proceso civilizador.²¹ Elias tomó como su modelo la corte de Luis XIV, por supuesto, y presentó la corte monárquica como un instrumento para la domesticación de la nobleza que contribuyó a la gradual reducción de la violencia en la Europa posterior a Westfalia. La cultura y el ceremonial cortesanos jugaron, sin duda, su papel en refrenar las pasiones. *Politesse* se convir-

17. Para los validos del siglo XVII, véase J.H. Elliott y L.W.B. Brockliss, eds., *El mundo de los validos*, Madrid, 1999; y J.H. Elliott, *Richelieu y Olivares*, Barcelona, 1984.

18. J.H. Elliott, *El Conde-Duque de Olivares*, Barcelona, 1990, p. 629.

19. Para el caso Fouquet, véase Marc Fumaroli, *Le poète et le roi. Jean de la Fontaine en son siècle*, París, 1997, cap. 4.

20. Para Francia, véase William Beik, *Absolutism and society in seventeenth-century France*, Cambridge, 1985. Véanse también las panorámicas en John Miller, ed., *Absolutism in seventeenth-century Europe*, Londres, 1990, para la situación en varios estados europeos.

21. Norbert Elias, *El proceso de civilización*, México, 1989 (ed. or., 1969); y *La sociedad cortesana*, México, 1982 (ed or., 1969).

tió en el ideal preeminente y cubrió con un barniz de civilidad las luchas por el poder y el juego de intereses que caracterizaban la vida dentro y más allá de la corte. Este era el mundo en el que el *Oráculo* de Baltasar Gracián, publicado por primera vez en 1653, se convirtió en un manual necesario, un botiquín de supervivencia para el cortesano en las artes esencialmente cortesanas de la disimulación y el engaño.²²

Pero las cortes, pese a que proporcionaban evidentes oportunidades a los monarcas para imponerse sobre sus noblezas, deben ser vistas más bien como espacios donde los intereses de la corona y las aristocracias se entrecruzaban en beneficio mutuo.²³ Incluso los llamados estados “absolutistas” de finales del siglo XVII, empezando por la misma Francia de Luis XIV, dependían de una relación estrecha entre el rey y las elites dirigentes tradicionales, una relación que fue reordenada y revitalizada tras las conmociones políticas de los años centrales del siglo. Corona y noblezas siguieron siendo mutuamente dependientes, pero el equilibrio entre ellas variaba inevitablemente de un estado a otro, reflejando tradiciones nacionales y el éxito de cada uno de los monarcas en combinar sus funciones como administradores, dirigentes ceremoniales y dispensadores de patronazgo. Entre los dirigentes de finales del siglo XVII, Luis XIV mostró ser particularmente hábil en combinar estas tres funciones, del mismo modo que había mostrado serlo también en utilizar a los artistas y a los hombres de letras para proyectar su imagen real.²⁴

La proyección de la *grandeur* y gloria del *rey sol* por toda Europa era un reflejo del cambio en el equilibrio de poderes europeos que Westfalia trajo consigo, pero la hegemonía cultural no iba acompañada de modo automático por la hegemonía política y militar, y en este caso, iba rezagada. La imagen del sol había sido previamente aplicada al tío de Luis, el “rey planeta”, Felipe IV de España,²⁵ y en el encuentro entre tío y sobrino en la Isla de los Faisanes

22. Para la influencia de Gracián en la Europa de finales del siglo XVII, véase Otto Brunner, *Adeligen Landleben und Europäischer Geist*, Salzburgo, 1949, pp. 130-133 (traducción italiana, *Vita nobiliare e cultura europea*, Bolonia, 1972).

23. Ronald G. Asch, “Introduction. Court and household from the fifteenth to the seventeenth centuries”, en Ronald G. Asch y Adolf M. Birke, eds., *Princes, patronage and the nobility. The court at the beginning of the Modern Age, c. 1450-1650*, Oxford, 1991; Jeroen Duindam, *Myths of power. Norbert Elias and the early modern court*, Amsterdam, 1995, cap. 4.

24. Peter Burke, *The fabrication of Louis XIV*, New Haven-Londres, 1992 (traducción, Madrid, 1995).

25. Jonathan Brown y J.H. Elliott, *Un palacio para el rey. El Buen Retiro y la corte de Felipe IV*, Madrid, 1981, p. 42.

en 1660 para ratificar la Paz de los Pirineos, la riqueza ceremonial de la corte española eclipsó a la de Luis.²⁶ Los franceses, además, no contaron con un Velázquez que dispusiera la decoración de su pabellón en la isla. Tras 1665 la frágil figura de Carlos II no era rival, ni en lo simbólico ni en lo político, para el vigoroso joven Luis XIV, pero el estilo de realeza de Luis debía mucho más al ceremonial español de lo que él pudo estar dispuesto a admitir.²⁷

Los lazos tradicionalmente estrechos entre Madrid y Viena hicieron que las influencias españolas fueran asimismo intensas en la corte de otro de los beneficiarios de los acuerdos de paz, los Habsburgo austríacos, que compartían la inclinación de sus primos españoles por un estilo de gobierno cuyas características principales eran la *gravitas* y la *pietas*. Dado que Westfalia les privó de toda nueva posibilidad de imponer su voluntad sobre el Imperio, Fernando III y Leopoldo I se dedicaron a consolidar su autoridad en sus dominios patrimoniales y en el reino conquistado de Bohemia. Era una autoridad que descansaba en gran medida en la sanción divina, y su proyección se encontraba íntimamente vinculada a la difusión de las doctrinas y valores de la Contrarreforma.

En manos de Fernando, y particularmente en las de Leopoldo, la corte imperial se convirtió en un instrumento vital para la creación de una cultura política y religiosa que trascendía fronteras nacionales y que contribuyó grandemente a inculcar un sentido de lealtad a la dinastía entre poblaciones multiétnicas. A falta de un “estado” austríaco comparable al estado francés, esta cultura cortesana común se hizo aún más crucial como factor unificador de lo que era en la Francia de Luis XIV. Como centro de una nobleza internacional, la corte de Viena, más aún que la de Versalles, ligaba al príncipe y a la aristocracia en una relación mutua que se basaba en la aceptación de una serie de ideales políticos, religiosos y culturales. La nobleza, a su vez, transmitía esos ideales a sus tierras de origen. A través del arte y la arquitectura, de la literatura y la música —especialmente la ópera—, la corte de Viena fomentó la difusión por tierras de Europa central y oriental de una civilización barroca compartida, haciendo de sí misma un polo alternativo a la corte de Versalles.²⁸

26. Jonathan Brown, *Velázquez, pintor y cortesano*, Madrid, 1986, pp. 249-250.

27. Burke, *Fabrication of Louis XIV*, pp. 183-184.

28. Robert J.W. Evans, *La Monarquía de los Habsburgo, 1550-1700*, Barcelona, 1989, esp. pp. 131-132; y Victor L. Tapié, *Barroco y Clasicismo*, Madrid, 1978, libro 3, cap. 1, para el Barroco en la Europa central y oriental. Véase también Duindam, *Myths of power*, pp. 126-133 para una comparación entre Viena y Versalles.

Pese a todos sus rasgos católicos, esta cultura barroca se derramó por entre las sociedades protestantes. Se ha sugerido, por ejemplo, que los luteranos de Augsburgo, que eran mayoría a finales del siglo XVII, se apropiaron de algunos de los motivos y métodos de sus rivales católicos, precisamente para afirmar de modo más intenso su identidad protestante. Sus iglesias adquirieron algo del exuberante esplendor de las iglesias católicas coetáneas, al tiempo que sus festividades conmemorativas revestían una vistosidad más asociada comúnmente con los días de fiesta católicos.²⁹ Pero, en general, todavía disponemos de poca información precisa sobre el grado en que las afiliaciones religiosas influyeron en las sensibilidades estéticas, por ejemplo en el terreno de la compra o encargo de obras de arte. En un artículo sobre la posesión de cuadros en Metz durante el siglo XVII, Philip Benedict utilizó la información contenida en inventarios redactados en 1645-47 y 1667-72 para mostrar que había contrastes significativos, así como similitudes, entre el gusto católico y el protestante. El número de cuadros propiedad de protestantes y católicos de una misma clase social era aproximadamente el mismo, pero, como era de esperar, los cuadros de tema religioso eran menos abundantes en los hogares protestantes, donde constituían el 27 % de su total de obras de arte, en contraste con el 61 % en los hogares católicos. Por contra, los hugonotes poseían más cuadros de género y de tema histórico y mitológico que sus vecinos católicos. No es de extrañar que los hogares católicos estuvieran llenos de imágenes devocionales, entre las cuales la Virgen, los santos, la Crucifixión y Santo Entierro y la Magdalena eran las que gozaban de mayor popularidad. Los cuadros religiosos en casas hugonotes, en cambio, describían episodios bíblicos, con un 37% sobre temas del Antiguo Testamento, frente a tan sólo el 6% en los hogares católicos.³⁰

La información de inventarios en una ciudad religiosamente mixta no proporciona una base suficientemente sólida para generalizaciones amplias sobre el carácter de la civilización europea a finales del siglo XVII. Pero en su sentido más general, parece razonable ver la Paz de Westfalia como un factor que endureció y perpetuó la división entre una Europa protestante y una Europa católica que había surgido a lo largo del siglo XVI. En uno de sus ensayos, Hugh Trevor-Roper habla de "la unión fatal de la iglesia de la Con-

29. François, "De l'uniformité à la tolerance", p. 789.

30. Philip Benedict, "Towards the comparative study of the popular market for art: the ownership of paintings in seventeenth-century Metz", *Past and Present*, 109 (1985), pp. 100-117.

trarreforma con el estado monárquico”.³¹ En la Europa post-Westfaliana parece haberse dado una acentuación apreciable de las diferencias entre las sociedades que se plegaron a esta “unión fatal” y las que tantearon embarcarse por el rumbo alternativo que habían inaugurado los holandeses. La creciente prosperidad de la República holandesa, así como la de la Inglaterra posterior a su guerra civil, ofrecía una llamativa prueba de que un cierto grado de libertad política y religiosa no era necesariamente contrario al éxito, incluso al éxito según lo entendían unos estados monárquicos obsesionados con la necesidad de maximizar su poder. En la Europa anterior a la Guerra de los Treinta Años se aceptaba por lo general que la desunión religiosa significaba la quiebra del estado. Pero la supervivencia de los holandeses en su prolongada confrontación con la mayor potencia de Europa había hecho ver no sólo que esto no era axiomático ni mucho menos, sino además que una sociedad relativamente abierta, que estaba dispuesta a aceptar una diversidad de credos y que alcanzaba sus decisiones políticas mediante la discusión en el seno de asambleas representativas, podía de hecho tener una mayor capacidad de resistencia y adaptación que una sociedad cerrada, caracterizada por la uniformidad en religión y por el monopolio del poder en el príncipe.

Esta no era una lección que muchos reyes de la Europa de finales del siglo XVII estuvieran preparados para aprender, si bien el éxito de los holandeses debió, sin duda, hacerles conscientes de la correlación entre prosperidad y poder. Pero situar en las agendas del gobierno, y entre sus primeros puntos, medidas a largo plazo para el fomento de la prosperidad exigía un reajuste, a veces doloroso, de las prioridades tradicionales, relegando los objetivos del fiscalismo y el confesionalismo a un segundo lugar. Por este motivo los abogados de la reforma económica encontraron a menudo difícil que se aceptara su mensaje. En Alemania, por ejemplo, los cameralistas, que defendían medidas populacionistas y de otro tipo, destinadas a fomentar la recuperación y el crecimiento económicos, se vieron envueltos en un arduo conflicto con los fiscalistas.³² En otras sociedades las consideraciones confesionales y los prejuicios inveterados fueron también un obstáculo evidente para el avance económico. La continuada fuerza de los mismos se puso de

31. Hugh R. Trevor-Roper, *Religion, the Reformation and social change*, Londres 1967, p. 40 (traducción, Barcelona, 1985)

32. Ingomar Bog, “Mercantilism in Germany”, en Donald C. Coleman, ed., *Revisions in Mercantilism*, Londres, 1969, p. 176.

manifiesto en la legislación antijudía que cubrió la Europa central después de 1648 y que alcanzó un clímax en 1669-70 cuando Leopoldo I expulsó a los judíos de Viena y la Baja Austria.

Pero el Emperador, presionado a un mismo tiempo por el Imperio otomano y por la Francia de Luis XIV, hubo pronto de aceptar que no podía prescindir así como así de los servicios de los judíos y se vio obligado a hacer concesiones que paulatinamente llevaron a su readmisión. Otros gobernantes fueron más rápidos que Leopoldo en leer las señales económicas. En su determinación por reparar los estragos de la guerra en sus tierras, el Elector Palatino Carlos Luis y el Gran Elector Federico Guillermo de Prusia-Brandenburgo hicieron frente al antisemitismo de sus súbditos y promovieron activamente la readmisión de las comunidades judías.³³ Federico Guillermo siguió medidas similares cuando la revocación del Edicto de Nantes arrojó una oleada de refugiados hugonotes por Europa.³⁴ Por lo menos en algunos estados, las ventajas económicas fueron vistas al cabo como más importantes que la uniformidad de credos.

Aunque los imperativos económicos pudieron haber empezado, en cierta medida, a atemperar los vientos de la pasión religiosa en la Europa post-Westfaliana, también contribuyeron a agudizar las rivalidades internacionales, pues los estados competían por ventajas comerciales sobre sus vecinos, en un mundo en el que todavía se concebía la riqueza como algo severamente limitado. Siendo las consideraciones comerciales cada vez más importantes en las guerras europeas de finales del siglo XVII, el objetivo último de los estados era la maximalización de su poder. Para alcanzarlo pensaron en una organización más racional de sus recursos, proceso que obligó a desarrollar la burocracia y aportar una nueva precisión a las tareas gubernativas, buscando, por ejemplo, el concurso de la estadística o lo que Sir William Petty llamó "aritmética política".

Este nuevo entusiasmo por la aplicación de las matemáticas y la razón a la organización del estado³⁵, reflejaba el cambio más profundo de todos los que ocurrieron en Europa durante las décadas centrales y finales del siglo

33. Jonathan Israel, *La judería europea en la era del mercantilismo, 1550-1750*, Madrid, 1992, pp. 176-182.

34. Scoville, *The persecution of Huguenots*, p. 125.

35. Para una exposición de esta cuestión en la Francia de Luis XIV, no siempre convincente, véase J.E. King, *Science and rationalism in the government of Louis XIV, 1661-1683*, Baltimore, 1949.

XVII: la gran transformación intelectual que podemos describir como el triunfo de los constructores de sistemas. Una Europa que había experimentado el trauma del colapso nacional e internacional era una Europa que ansiaba nuevas certidumbres. La ola de escepticismo que creció a finales del siglo XVI e inicios del XVII dio pie a una variedad de respuestas por parte de aquéllos que querían atajar sus efectos destructivos,³⁶ y Marin Mersenne en particular quiso demostrar la existencia de un tipo de conocimiento que no podía ser cuestionado. Pero la variante de Mersenne de escepticismo constructivo fue insuficiente para satisfacer las necesidades de su época.³⁷ Esta era, después de todo, una época que se había acostumbrado al movimiento preciso y ordenado de los relojes, como el exquisito que Magnus Gabriel de la Gardie le ofreció a la reina Cristina (catálogo de la exposición de Münster nº 763). Tales máquinas del tiempo, con ese sentido que transmitían de un movimiento regulado por una ley exacta y cognoscible, compendiaban la precisión, equilibrio y control que el siglo XVII reclamaba. A diferencia del escepticismo de Mersenne, el mecanismo cartesiano, que empezaba por la duda pero acababa en la certidumbre, respondía a la perfección a las aspiraciones de los que buscaban extraer orden del caos. La noción de un universo construido y mantenido en movimiento por un Gran Relojero y basado en leyes matemáticamente cognoscibles –noción que en su formulación más plena podía encontrarse en los *Principia* de Newton– ofrecía una nueva confianza en que cada problema podría en última instancia ser solucionado por un esfuerzo de la voluntad y por la aplicación de la razón a los asuntos humanos. Los resultados de este punto de vista iban a verse no sólo en los nuevos descubrimientos astronómicos de los años de Boyle y Huygens, sino también en los grandes sistemas filosóficos de Spinoza, Hobbes y Leibnitz.³⁸

Con la llegada de los constructores de sistemas, Europa ingresaba en la época de la pre-Ilustración, una época en la que los discursos tradicionales –el de la brujería, por ejemplo– coexistían incómodamente, tanto en la esfe-

36. Véase especialmente Richard H. Popkin, *The history of scepticism from Erasmus to Descartes*, Assen, 1960 (traducción, México, 1983).

37. Robert Lenoble, *Mersenne ou la naissance du mécanisme*, París, 1943.

38. Véase Rudolf W. Meyer, *Leibnitz und die europäische Ordnungskrise*, Hamburgo, 1948 (traducción inglesa, *Leibnitz and the seventeenth-century revolution*, Cambridge, 1952) para un intento de relacionar la construcción de sistemas filosóficos de finales del siglo XVII con los otros problemas de la época.

ra individual como en la colectiva, con el nuevo discurso de la razón.³⁹ Pero hay durante estas décadas posteriores a Westfalia suficientes indicadores de cambio como para sugerir que una nueva Europa estaba en fase de construcción. Era una Europa caracterizada por un mayor grado de orden y estabilidad. En el ámbito interior, los estados lograron afirmar su monopolio de poder sobre aquellos sectores de la sociedad cuyo descontento había provocado las revueltas y disturbios de la década de 1640. Como resultado, la violencia fue amansada y, en consecuencia, una cierta calma descendió sobre la vida política de fronteras adentro. En el ámbito internacional, el sistema de estados europeo era tan competitivo y belicoso como siempre, pero durante la época de Luis XIV se empezaron a aplicar ciertas contenciones en la conducción de la guerra que tendían a moderar su violencia,⁴⁰ en tanto que los principios mecanicistas que, según se pensaba, gobernaban el funcionamiento del universo fueron aplicados a la escena diplomática para producir los reajustes necesarios que aseguraran y mantuvieran un equilibrio de poderes entre estados rivales. Sobre todo, una república europea de las letras, que salvaba las fronteras confesionales y se veía favorecida por las academias y por la difusión de periódicos, se hallaba en fase de formación, y con ella, la creación de una nueva comunidad del espíritu y de las artes.

En qué medida la Paz de Westfalia fue responsable de los cambios psicológicos, políticos y sociales de finales del siglo XVII es tema abierto a la discusión. Pero el vasto esfuerzo diplomático que finalmente alumbró los acuerdos de paz de 1648 puede considerarse de modo apropiado como una respuesta a un colapso general europeo, que provocó terribles sufrimientos y un agudo hastío de guerra entre los grupos populares y dejó a las elites políticas indagando sobre una fórmula que impidiera una vuelta a los horrores de la Guerra de los Treinta Años. Su búsqueda fue vacilante e insegura y se vio asaltada por numerosos reveses. Pero por lo menos había dado los primeros pasos, aún poco resueltos, por el largo y tortuoso camino que podía llevar, un día, a una Europa unida por el comercio y los modales.

39. Para un panorama útil de trabajos recientes sobre la brujería, véase Jonathan Barry, Marianne Hester y Gareth Roberts, eds., *Witchcraft in Early Modern Europe*, Cambridge, 1996.

40. John U. Nef, *War and human progress*, Cambridge, Mass., 1950, pp. 155-157.